

Gérard Badou

Renée Pélagie
marquesa de Sade

Traducción de
Elena Calvo

ediciones del
subsuelo

Barcelona 2014

Título original: *Renée Pélagie marquise de Sade*

© Éditions Payot & Rivages, 2008

© de la traducción: Elena Calvo

© **Ediciones del Subsuelo, Barcelona, 2014**

c/ Nàpols, 282 - 08025 Barcelona

www.edicionesdelsubsuelo.com

ISBN: 978-84-941646-6-8

Depósito legal: B. 22034-2014

Diseño de la cubierta: Júlia de Quadras Alamán

Impresión y encuadernación: Grup4, Badalona

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida por ningún medio sin el permiso por escrito del editor.

Nosotros, los libertinos, tomamos mujeres para que sean nuestras esclavas; su calidad de esposas las hace más sumisas que si fuesen amantes.

MARQUÉS DE SADE

Los 120 días de Sodoma

I

Trescientas mil libras de dote

¿Tiene realmente las manos tan regordetas como asegura su madre? En cualquier caso, Renée ha adquirido el hábito de esconderlas tras la espalda, lo que le da un aire infantil poco apropiado para sus dieciocho años. Pero a «la Presidenta», tal como se conoce a madame de Montreuil, le preocupan poco las inhibiciones de su hija mayor. Lo que le interesa es ultimar la educación que convertirá a Renée Pélagie, nacida el 2 de diciembre de 1741, en la digna heredera de su aristocrática familia. Ciertamente, se trata de una nobleza de nuevo cuño, ya que los parientes de la joven tienen un origen de lo más plebeyo. No fue hasta la anterior generación cuando consiguieron un apellido con preposición: De Launay del lado paterno, De Plissay para la rama materna. Era una práctica bastante habitual en una época en que podía obtenerse

este preciado blasón adquiriendo un cargo o una propiedad. Y así ocurrió en 1740, año del enlace de los padres de Renée Pélagie, cuando el abuelo De Launay compró en Normandía la baronía de Montreuil. De ahí este doble y rutilante apellido De Launay de Montreuil, del que la familia hace alarde con la ostentación de los neófitos.

A la reciente nobleza del título se suma la solemnidad del cargo. Claude René de Montreuil había ocupado el muy lucrativo cargo de presidente de la *Cour des aides*,* un tribunal temible cuyo cometido, a pesar de su engañosa denominación, no es ayudar sino juzgar y condenar a los malos contribuyentes del reino. Monsieur de Montreuil ocupa ya únicamente el cargo de presidente honorífico, pero su esposa, Marie Madeleine sigue haciéndose llamar «la Presidenta» con una arrogancia que afianza el carácter autoritario de esta dama de rasgos afilados y gestos enérgicos. Es una mujer excesiva, que tan siquiera intenta disimular su orgullo, del que hace alarde de un modo desafiante. A sus ojos, tanto sus cuatro maternidades como su rango social justifican la consideración que cree le corresponde por derecho y que, por supuesto, debe recaer en su progenie.

Durante este período, su hijo Louis Guillaume inicia en provincias una carrera de funcionario real ligado a la intendencia. Sigue así la vocación familiar, puesto que monsieur de Montreuil fue uno de esos hombres de ley a los que se conocía familiarmente por entonces como

* Tribunal del Antiguo Régimen francés creado en París en 1390 para resolver las causas relativas a los impuestos y rentas reales (tallas, gabelas y subsidios, entre otros). (*N. de la T.*)

robins.^{*} Conserva además ese aire de solemnidad tan apropiado para inspirar respeto y ese modo de caminar deslizante de los habituales de la sala de audiencias. No obstante, su insegura autoridad se desvanece en cuanto ve a la Presidenta fruncir el ceño. Madame de Montreuil es quien tiene el control de la espléndida residencia de la familia en París, en la rue Neuve-Luxembourg, la actual rue Cambon; una vía abierta algunos decenios antes para hospedar a las nuevas fortunas en un entorno de lujo y calidad que anunciaba el estilo Luis XV.

Renée Pélagie florece en este ambiente, no sin causar alguna preocupación a su madre, que se considera mal recompensada por los esfuerzos que hace por su hija. ¿Acaso no ha confiado su educación a un preceptor, el abad Gaudemar, un hombre de piadosa erudición? ¿No se ha empeñado en que su hija tuviese su propia doncella? ¿No ha comprado sin reparar en gastos para tener los armarios de su heredera repletos de vestidos? Sin olvidar al profesor de música que se esfuerza en enseñar a la jovencita el arpa y el clavicordio. Tantas atenciones son del todo excepcionales en una época en que las hijas de las mejores familias permanecen recluidas en un convento hasta el día de su boda.

No obstante, Renée Pélagie no parece sacar provecho de tantos privilegios. No porque sea fea o estúpida, bien al contrario: tiene un rostro ligeramente redondeado de una atractiva banalidad, los cabellos castaños y rizados,

^{*} Término derivado de *hommes de robe* que designa a juristas y magistrados. (N. de la T.)

los rasgos regulares, ojos grises, una nariz ligeramente respingona, una boca de labios finos, una cintura bien torneada, unos pies menudos... En resumen, es una mujer bien hecha, pero sin encanto. Dominada por su timidez, reprime todos aquellos gestos y mohines que dotan de gracia pero que ofenderían su modestia. Al contrario de una mujer coqueta, tiene más bien un espíritu práctico y unos gustos sencillos.

El abad Gaudemar le ha enseñado a leer en el gran libro de la vida de los santos y se siente muy conmovida por el sacrificio de los mártires. Eso le hace adquirir una profunda confianza en la fuerza de la abnegación que puede inspirar la fe. Y así se somete, con toda candidez, a las exigencias de su madre.

La vida familiar transcurre sin demasiadas fricciones, ya que la Presidenta, aparentemente, proyecta ahora parte de sus ambiciones en la hermana mayor, Jeanne Prospère, que entonces tiene ocho años; una niña mucho más traviesa que su hermana y que al salir de la etapa infantil se hará llamar Anne Prospère.

Monsieur de Montreuil, que ha preparado a su hijo para las respetables funciones del Tesoro Real, se guarda mucho de intervenir en la educación de sus hijas. Desde hace algunos años ha vendido su cargo y dedica la mayor parte del tiempo a administrar sus negocios y sus posesiones. Sus residencias de Échauffour, en Normandía, de Vallery, cerca de Sens, y de La Verrière, en las cercanías de Port-Royal des Champs, no son únicamente fincas de recreo sino también importantes granjas. De carácter desconfiado, el Presidente no quita ojo a sus aparceros, a los

que visita con frecuencia y por sorpresa. Con el buen tiempo, toda la familia, acompañada del servicio, emprende el viaje hacia Borgoña, el valle de Chevreuse o Normandía para disfrutar de los sencillos placeres de la campiña.

Desde su más tierna juventud, Renée Pélagie prefiere vivir en Échauffour, un paraje ideal para los juegos infantiles y después para las ensoñaciones de la adolescencia, aunque madame de Montreuil velará siempre con severidad por que sus hijas no hagan amistad con los lugareños, es decir con los campesinos de la granja colindante al castillo.

Cuando el Presidente y sus damiselas van de compras a Merlerault, la villa más cercana, Denis, el hijo mayor del aparcerero engancha los caballos a la calesa y sujeta a los animales por las bridas hasta que la señora le ordena partir. Fue la mirada que le echó un día el joven cuando subía al coche la que hizo que, por primera vez, Renée tomara conciencia de su feminidad, aunque esta noción fuese muy vaga para ella.

La somera educación que debe a su madre y al abad Gaudemar la confina en una infancia prolongada que no la prepara en demasía para la vida adulta. Mantenido al margen de otras jóvenes de su edad y, más aún, de los libros que podrían iniciarla en los arrebatos del corazón y de los sentidos, no sabe nada del amor. Y lo que es peor, a causa de la fría y altanera indiferencia de su madre nunca se ha sentido amada, y menos desde que madame de Montreuil ha traído al mundo a su tercera hija, Françoise, en octubre de 1760.